



Fuente: www.flickr.com / Loz Pycok

Contra el **neocomunismo global**

*El autor nos sumerge en una realidad inquietante, la expansión de las ideas comunistas a través de **nuevos conflictos de índole cultural** y la puesta en marcha de **formas alternativas de control ideológico** en perjuicio de la libertad individual. Los objetivos, sin embargo, siguen siendo los mismos: **la Modernidad, Occidente, el cristianismo, el libre mercado y las sociedades liberales.***

“Existen verdades eternas, como la libertad, la justicia, etc., comunes a todas las sociedades y a todas las etapas de progreso de la sociedad. Pues bien, el comunismo viene a destruir estas verdades eternas, la moral, la religión, y no a sustituirlas por otras nuevas; viene a interrumpir violentamente todo el desarrollo histórico anterior”.

Marx y Engels
en *El Manifiesto Comunista* de 1848.

La llamada Escuela de Frankfurt agrupó a un grupo de teóricos que abrazaron las teorías de Hegel y Marx, así como de Freud, pertenecientes todos ellos al Instituto de Investigación Social, inaugurado en 1923 en Fráncfort del Meno. Ellos fueron los represen-

tantes de la teoría crítica, la cual fue elaborada por un grupo de pensadores tales como Max Horkheimer, Theodor Adorno, Jürgen Habermas, Herbert Marcuse, Erich Fromm y otros. La escuela de Frankfurt reunió marxistas disidentes, críticos acervos del capitalismo que asumieron la tarea de encontrar las partes del pensamiento marxista que pudieran ser útiles para provocar una nueva “hegemonía”, concepto clave a la hora de comprender el tránsito entre marxismo y post-marxismo, o lo que es lo mismo: el enterramiento de la lucha de clases y la simultánea eclosión de la “batalla

ENRIQUE COLLAZO

Licenciado en Historia
por la Universidad
de la Habana.
Especialista
en Historia Económica
de Cuba, España
y América Latina.

cultural”. Fidel Castro, en las Mesas Redondas que organizó la TV cubana desde mediados de los años 90, utilizó el mismo calificativo; “batalla de ideas”, para denominar la “lucha” que según él habría que librar en aquel momento de crisis del comunismo a nivel global.

Para la teoría crítica (como la bautizó Max Horkheimer), los mecanismos de dominación del capitalismo avanzado, lejos de agudizar contradicciones hasta provocar una revuelta proletaria, solo se refinan unciendo a las masas al modo de producción capitalista de manera muy eficaz. Desde su perspectiva, el capitalismo se había convertido en algo más que un modo de producción: una cultura enraizada en los sentimientos, las mentes y los cuerpos. Por eso proponían un desplazamiento del foco teórico desde la fábrica y la cadena de montaje hasta las formas de vida y el ámbito cultural. En la medida en que la clave de bóveda del capitalismo se había desplazado a la esfera de la superestructura, los agentes del cambio político serían aquellos que estaban en condiciones de denunciar el fetichismo y los mecanismos de control ideológico, o sea, los intelectuales. Los teóricos de Frankfurt daban por hecho que el proletariado y su vanguardia dirigente, al aburguesarse, habían perdido facultades como agentes revolucionarios, así que debían ser reemplazados por teóricos críticos.

Esta fue la reserva a partir de la cual se pretendió llevar adelante una serie de profundas transformaciones en la sociedad, como trasladar al marxismo desde las fábricas a las universidades, un principio defendido por el ideólogo italiano Antonio Gramsci, precursor del marxismo cultural que consideraba que el problema residía en la civilización y la cultura europea y occidental. La propuesta gramsciana,

al demandar la demolición del Viejo Occidente, establecía que el camino para derrocar el capitalismo no era la violencia revolucionaria, como postulaba Marx, sino que la mejor vía pasaba por edificar una “hegemonía cultural” en base a los novísimos y eficaces argumentos de la “corrección política” y el neo-marxismo. Con ese concepto, Gramsci se refería a los valores e ideas claves en una sociedad y de los cuales depende su funcionamiento.

En otras palabras, la “larga marcha” anti-occidental debía dirigirse a la articulación de una ideología de signo contrario respecto a la dominante, que fuera capaz de cuestionar su “sentido común”, su forma de ver el mundo, su forma de organizar la sociedad, la economía, la política, la moral y la cultura. Y debía estar orientada hacia todas las instituciones: universidades, escuelas, museos, iglesias, seminarios, periódicos, revistas y, hoy día, también: televisión, cine, redes sociales, etc., desde donde propagar una anticultura que acabe con los cimientos de la cultura cristiana occidental para que la gente, una vez debilitada en sus convicciones, abrace los ideales marxistas que antes había rechazado de forma espontánea. Así pues, nace la teoría (puesta en práctica con increíble éxito como vemos hoy día) de que hay que destruir todo (y a todos) lo que defienda o promueva el cristianismo, la sociedad liberal, el imperio de la ley, la familia tradicional, el rol natural del hombre y la mujer, la cultura europea, la superioridad de la litera-

Trasladar al marxismo desde las fábricas a las universidades fue el principio defendido por Antonio Gramsci, quien consideraba que el problema residía en la civilización y la cultura europea y occidental



Fuente: Wikimedia Commons/Jeremy Shapiro

Max Horkheimer (en primer plano a la izquierda), Theodor Adorno (en primer plano a la derecha) y Jürgen Habermas (detrás, a la derecha) en Heidelberg (1964).



Fuente: Wikimedia Commons

Antonio Gramsci.



Fuente: Wikimedia Commons/Denis Langlois

Pierre Laville, Michel Foucault, Claude Mauriac, Denis Langlois y Gilles Deleuze, en 1971.



Fuente: Wikimedia Commons/© Familia Marcuse

Herbert Marcuse, en 1955.



Fuente: Wikimedia Commons

Jürgen Habermas.

tura, el arte, y la música occidental, la creencia en Dios, el orgullo por la historia europea, el heterosexualismo, la lógica cartesiana, el derecho, la razón, la ciencia, en fin, todo el sustrato básico del canon occidental cristiano.

A la revolución cultural gramsciana se la entendía como primordial a la hora de demoler una sociedad desde su propia superestructura social, cultural, moral y de derecho. Por ello se intensificó la necesidad de “teorizar” sobre los conceptos de familia, derecho, educación, au-

toridad, medios de comunicación, sexo y cultura popular. En suma, una nueva hegemonía cultural capaz de derrotar a la fraguada en Occidente desde el Cristianismo y la Ilustración.

La nueva estrategia de toma del poder residía en destruir gradualmente el individualismo posesivo liberal, o sea, la abolición de los derechos individuales incluyendo por supuesto, la propiedad privada. Ahora se trata de sustituir la lucha contra la desigualdad clasista por la batalla contra la desigualdad de género, o mejor

dicho: reemplazar la conciencia de clase por la de identidad. Para ello se procede a la infiltración de manera silenciosa en los distintos medios y sistemas educativos, así como en las grandes universidades; nótese que todos los teóricos de la Escuela de Frankfurt ejercieron como profesores invitados en las universidades norteamericanas llamadas de la Ivy League desde los años 50.

Uno de los campos de experimentación social de las teorías de los filósofos de Frankfurt fue la llamada ‘ideología de género’. Desechando por inoperante la contradicción proletariado-burguesía, la cual actuaba dentro del marco de las relaciones productivas, se propone entonces tomar a la mujer como sujeto sometido a la opresión del “macho dominante”, con la intención de generar un cisma cada vez más profundo ya no entre obreros y capitalistas, sino entre sexos. A partir del momento en que el marxismo pujó por liderar el movimiento feminista en ciernes, elaboró una ideología según la cual el hombre devino entonces burgués, mientras que la mujer se transfiguró en proletario. La tergiversación de cualquier valor tradicional susceptible de ataque devino objetivo central del neocomunismo con el fin de provocar un clima permanente de conflicto social. La ideología de género no es el único “caballo de batalla” de las doctrinas postmodernas, aunque quizás representa su componente más dañino porque, al destruir el

El neocomunismo exhibe una variedad de nuevos conflictos y los utiliza políticamente para manipular a la sociedad, con la diferencia de que esas contradicciones ya no son de clase, sino que gravitan alrededor de disputas de índole cultural

principio fundamental de igualdad ante la ley, los delitos dejan de estar definidos por la propia naturaleza del acto para estar supeditados al grupo social al que pertenece quien lo comete, sea un hombre o sea una mujer, sometiéndonos de nuevo a un sistema de administración de justicia propio de sociedades pre-modernas. “La violencia de género es en buena medida el pánico moral de la España del siglo XXI, un fenómeno de histeria colectiva desencadenado y alimentado desde el poder” (Benegas, 2020, 96)¹.

“Somos un movimiento internacional diverso que planta cara al orden patriarcal, racista, colonizador, capitalista y depredador con el medio ambiente. Proponemos otra forma de ver, entender y estar en el mundo, de relacionarnos. En definitiva, nuestra propuesta supone un nuevo sentido común”. Estas palabras fueron pronunciadas en España el último 8 de marzo, con motivo de la huelga feminista, pero igual pudieron haber sido dichas en cualquier sociedad occidental de Europa o América, lo cual significa una desvergonzada operación de ingeniería social para generar un antagonismo en la sociedad a partir de una falacia ideológica que está destruyendo a las mujeres, a los hombres, a las familias, pero sobre todo a los jóvenes. Como señala el politólogo argentino Agustín Laje: “la izquierda vive del conflicto, un conflicto que pasaba por la grieta que existía entre el obrero y el capitalista, pero esa distancia se fue reduciendo cada vez más y para sobrevivir a su fracaso histórico, económico y político, se le hizo necesario generar nuevas grietas en la sociedad y una de ellas es la llamada ideología de género”.

El neocomunismo exhibe una variedad de nuevos conflictos y los utiliza políticamente para manipular a la sociedad, con la diferencia de que esas contradicciones ya no son de clase,

sino que gravitan alrededor de disputas de índole cultural. En su ensayo *Tolerancia Represiva* de 1965, Herbert Marcuse, notable ideólogo de la llamada Escuela de Frankfurt, acuñó un concepto clave de “tolerancia liberadora”. Este concepto parte de la base de que se deben crear condiciones óptimas para una tolerancia hacia la “izquierda” y una intolerancia irrestricta hacia lo que él denomina “derecha”. El plan de este intelectual consistió en promover un reduccionismo simplista sobre la palabra “derecha”, o “extrema derecha”, utilizándola como término para definir todo aquello que se oponía a los postulados de la Escuela de Frankfurt, generadora de ideología contra la sociedad liberal-capitalista.

Por su parte, en 1950, Theodor Adorno escribió en su obra más influyente, *La Personalidad autoritaria*, que el pueblo de EE.UU. poseía muchos rasgos “fascistas”, y que todo aquel partidario de la tradicional cultura estadounidense era poco menos que un desequilibrado mental. De esta forma, no es casual que los defensores a ultranza de la “corrección política” utilicen las habituales etiquetas o estigmatizaciones como “fascistas”, “ultraderechistas”, “fachas” o “nazis”². Así se consigue apagar la capacidad reactiva de las sociedades, mermar su actitud crítica, terminando por imponerles un estigma si osan contradecir los postulados establecidos por la “corrección política” o la “versión oficial”. Esto, que se puede observar hoy en día en muchos ámbitos, no es ni más ni menos que la imposi-

No es casual que los defensores a ultranza de la “corrección política” utilicen las habituales etiquetas o estigmatizaciones como “fascistas”, “ultraderechistas”, “fachas” o “nazis”. Es la imposición cultural de la censura y de la inquisición del pensamiento

ción cultural de la censura y de la inquisición del pensamiento. Hay que reconocer que el neocomunismo tiene la habilidad de disfrazar lo opresivo como liberador y lo excluyente como inclusivo.

A aquellos primeros post-modernos de la Escuela de Frankfurt se sumaron posteriormente otros en los años 60 y 70, cuyo núcleo central se encontraba en París. Este nuevo grupo compuesto básicamente por Françoise Lyotard, Michel Foucault y el franco-argelino Jacques Derrida, se consagraron a elaborar un conjunto de herramientas para dismantelar las ideologías e instituciones de la Modernidad. Sus defensores rechazaron la mayoría de las jerarquías, los universalismos, las grandes narrativas y las nociones objetivas de verdad, la familia, la razón y la moralidad. La realidad y la sociedad, decían, son meras construcciones sociales, ingenuamente universalizadas en base a una experiencia occidental, de *middle-class* y de hombres blancos. Por sobre todas las cosas, los “nuevos” posmodernos franceses atacaron a la ciencia y su finalidad de alcanzar el conocimiento objetivo de una realidad que existe independiente de las percepciones humanas, lo cual consideraban simplemente otra ideología construida y dominada por los presupuestos occidentales y burgueses. Este enfoque ha permitido una inusitada y muchas veces esquizoide apertura con respecto al género, la sexualidad y las estructuras familiares. La familia, como la estructura de la economía de mercado, no es un producto de las políticas públicas; es un producto de la asociación voluntaria, hecha necesaria por todas las realidades biológicas y sociales.

Ludwig von Mises, el célebre economista austríaco, señalaba en su magistral obra *El Socialismo* (1922) que el capitalismo reforzó de



hecho el matrimonio y la familia, ya que es un sistema económico que depende del consentimiento y la libre voluntad en todas las relaciones sociales... Así, tanto la familia como el capitalismo comparten exactamente los mismos fundamentos éticos e institucionales. Suprimiendo estas bases, los neocomunistas hoy tratan de reemplazar una sociedad basada en contratos, por otra basada en la violencia. Y el resultado sería el colapso social completo. Para Mises, las ideas de emanciparse de nuestra necesidad de trabajar, como de ahorrar e invertir, y de liberarse de nuestra naturaleza sexual, proceden todas del mismo impulso ideológico: suprimir las realidades establecidas por la naturaleza³.

Por su parte, la politóloga británica Helen Pluckrose (2019) ha profundizado en el análisis acerca de los postmodernos en su trabajo “Cómo los ‘intelectuales’ franceses arruinaron Occidente: la explicación del posmodernismo y sus consecuencias”⁴. En este ensayo la autora, entusiasta del laborismo británico, presenta dos definiciones del postmodernismo. Una de ellas señala que el postmodernismo

Françoise Lyotard, Michel Foucault y Jacques Derrida se consagraron a elaborar un conjunto de herramientas para dismantelar las ideologías e instituciones de la Modernidad

“es, en su mayoría, una reacción en contra de los presupuestos y valores de la época moderna en la historia occidental (en específico la europea)”, mientras que la otra fuente niega esto y dice: “más bien, sus diferencias se hallan al interior de la modernidad en sí, y el postmodernismo es una continuación del pensamiento moderno en un modo distinto”. Yo sugeriría –dice ella– que la diferencia reside en si consideramos la modernidad en términos de lo producido o de lo destruido. “Si entendemos la esencia de la modernidad como el desarrollo de la ciencia y la razón, así como del humanismo y el liberalismo universal, entonces los postmodernos se plantean en oposición a esto. Si pensamos que la modernidad derriba las estructuras de poder, incluido el feudalismo, la iglesia, el patriarcado y el imperio, los postmodernos intentan continuar con este proyecto, pero sus objetivos ahora son la ciencia, la razón, el humanismo y el liberalismo. En consecuencia, las raíces del postmodernismo son inherentemente políticas y revolucionarias, aunque en un sentido destructivo o, como ellos lo dirían, en un sentido *deconstructivo*”.

Según Pluckrose, “fue Jacques Derrida quien propuso el concepto de ‘deconstrucción’”, y también se sumó a la discusión sobre el constructivismo cultural y el relativismo cultural y personal, pues se enfocó aún más explícitamente en el lenguaje. Su pronunciamiento más famoso, “no hay nada fuera del texto”, tiene que ver con su rechazo a la idea de que las palabras se refieren a algo directamente. Más bien, ‘solo hay contextos sin un centro de anclaje absoluto’. Derrida propuso también el término *différance*, derivado del verbo “differer”, que significa tanto “posponer” como “diferir”. Esto quería indicar que el significado nunca es definitivo sino que está construido por medio

de diferencias, en especial por oposiciones. La palabra “joven” solo tiene sentido en relación con la palabra “viejo”, y decía Derrida, siguiendo a Saussure, que el significado se construye por medio del conflicto entre estas oposiciones binarias elementales que para él siempre eran un positivo y un negativo. “Hombre” es positivo y “mujer”, negativo. “Occidente” es positivo y “Oriente”, negativo. Insistía en que “no estamos ante una coexistencia pacífica de un vis-a-vis, sino ante una jerarquía violenta. Uno de los dos términos se impone al otro; se encumbra. Deconstruir la oposición, según Derrida, significa, en un momento dado, invertir la jerarquía”. La deconstrucción, entonces, implica invertir estas jerarquías percibidas; hacer que “mujer” y “Oriente” sean positivas, y “hombre” y “Occidente” sean negativas.

De acuerdo con la misma autora, el término “postmodernismo” fue propuesto por Jean-François Lyotard en su libro *La condición postmoderna*⁵, la cual definió como una “incredulidad respecto de los metarrelatos”. La politóloga británica describe que, para los postmodernos franceses, las religiones y otras ideologías totalizantes son metarrelatos que intentan explicar el sentido de la vida o todos los males de la sociedad. Lyotard proponía reemplazarlos con “minirrelatos” para dirigirse a verdades de dimensiones más pequeñas y personales. Se dirigía así al cristianismo y al marxismo, pero también a la ciencia. En Lyotard se aprecian dos cosas: un relativismo epistémico explícito (una creencia en verdades o hechos personales o culturalmente específicos), y el privilegio de la “experiencia vivida” por encima de la evidencia empírica. Vemos también la promoción de una versión del pluralismo que privilegia las opiniones de grupos minoritarios por encima del consenso general de científicos o de la ética liberal

democrática, a quienes se caracteriza como autoritarios y dogmáticos. Todo esto es consistente con el pensamiento postmoderno.

Foucault, por su parte, padeció de una patológica necesidad de eludir y tergiversar la verdad sistemáticamente con el fin de ganar los debates, lo cual le llevó a sentir admiración por los sofistas griegos: “Creo que son muy importantes porque en ellos hay una prédica y una teoría del discurso que son esencialmente estratégicas; establecemos discursos y discutimos no para llegar a la verdad sino para vencerla” (Nicolás Márquez y Agustín Laje, 2016:78)⁶.

Para los postmodernos, según esta politóloga, la moral es culturalmente relativa, la realidad también. La evidencia empírica es vista con sospecha y lo mismo pasa con ideas culturalmente dominantes como la ciencia, la razón y el liberalismo universal. Se trata de valores de la Ilustración que según ellos son ingenuos, totalizadores y opresivos, y destruirlos es una necesidad moral. Importa mucho más la experiencia vivida, los relatos y las creencias de los grupos “marginalizados”, todas igualmente “verdaderas” y preferidas por encima de los valores de la Ilustración, para así revertir la construcción social opresiva, injusta y totalmente arbitraria de la realidad, la moral y el conocimiento.

Resumiendo, Pluckrose hace hincapié en que los primeros postmodernos desafiaron al

La Escuela de Frankfurt, inspirada por Gramsci, instituyó el concepto-dogma de lo ‘políticamente correcto’. Según esta corriente, las personas de cultura occidental son por definición una clase opresora y malévola

discurso con discurso. Sin embargo, los activistas franceses, motivados por sus ideas, se volvieron cada vez más autoritarios y llevaron tal ideología hasta su máxima expresión contra natura. “La libertad de expresión está bajo ataque porque el habla es ahora considerada peligrosa; por decirlo así, es una declaración de guerra filológica. Sostener un punto de manera persuasiva por medio de argumentos razonados ha sido reemplazado cada vez más con referencias a la identidad y con pura ira, amenazando con llevarnos a una cultura irracional, tribal y ‘premoderna’”.

Y en efecto es así, pues ahora mismo se contempla la frenética imposición de “la dictadura del pensamiento” a quien se atreva a cuestionar los nuevos dogmas. La Escuela de Frankfurt, inspirada por Gramsci, instituyó el concepto-dogma de lo ‘políticamente correcto’. Según esta corriente, las personas de cultura occidental son por definición una clase opresora y malévola por naturaleza. Hay universidades en las que se prohíbe hablar o enseñar a quienes no comparten todo o parte del credo imperante; hay algunos medios que niegan ciegamente la existencia de noticias que parezcan contradecir su línea ideológica, y en política se recurre cada vez más a excluir al discrepante en aras de una unanimidad tan imposible como desquiciada. Las calles se llenan de multitudes fanáticas que defienden con adoquines en sus manos posiciones delirantes, arrasando a quienquiera abrigue una sombra de duda sobre su pertinencia y se esgrimen argumentos de autoridad que se suponen incontestables para repudiar al que se atreva a disentir. Esto es en rigor lo contrario de la lógica, es la violencia y el autoritarismo que siempre se han querido asociar con causas de aparente nobleza, pero que no son más que ponzoña totalitaria.



En una sociedad global cuyo funcionamiento es cada vez más complejo y difícil de comprender, se extienden con gran rapidez ideas muy simples a las que se supone una capacidad liberadora, pero que en realidad encierran una absoluta servidumbre. Por ejemplo, son muchos los que se dejan seducir por incesantes campañas de instituciones como las Naciones Unidas e ignoran los barrotes detrás de los cuales discurre nuestra mísera existencia⁷. Los científicos o los pensadores que se atreven a discrepar empiezan a ser estigmatizados públicamente.

Hay que reconocer que somos víctimas de un experimento de ingeniería social que nos impone la ideología de la corrección política, cuajada de códigos y prohibiciones lingüísticas que aplastan la conciencia y amordazan la voz como medio ideal de control social. Nos encaminamos a una nueva edición del oscurantismo más cavernario, pues el terror gradualmente se adueña del pensamiento y no es la primera vez que esto tiene lugar, aunque la diferencia es que ahora ocurre a nivel global.

Un Estado invasivo de naturaleza clientelar y corrupta, que pontifica la igualdad cuando en realidad persigue la subordinación de la ciudadanía, que legitima abusos de poder y socava sistemáticamente el imperio de la Ley, ha coincidido esta vez con la agenda de una poderosa élite financiera interesada en dar un violento golpe de timón global, así como con las rancias ambiciones de una pléyade de reciclados ideólogos neomarxistas que nunca han cejado en

su empeño de demoler la civilización occidental. Este proceso que denomino de ‘construcción destructiva’, sinónimo del concepto acuñado por Derrida de “deconstrucción” y a la vez contrario al de Sombard-Schumpeter de “destrucción creativa”, propio del capitalismo, ha sido impuesto hasta sus últimas consecuencias por diversos ordenamientos totalitarios desde 1917. Unión Soviética, China, Corea del Norte, Cuba, Venezuela, son ejemplos notorios de la implantación de regímenes donde bajo el poder del Estado han sucumbido definitivamente todas las libertades. En este sentido, la élite extractiva de rentas verde olivo afincada en Cuba desde 1959, siempre ha sido y continúa siendo admirada y envidiada por los líderes y políticos pertenecientes a la izquierda europea e incluso norteamericana más radical, pues es justamente ese modelo de poder absoluto y unánime el que aspiran implantar en sus respectivos países.

Es la llamada “tentación totalitaria”, parafraseando el famoso libro de Jean François Revel⁸, apetencia nefasta que ha sido comparada en silencio por ideólogos y políticos de diversas corrientes de pensamiento antiliberal, pero que por diversas circunstancias no pudie-

Una sociedad que desprecia la libertad se somete a formas de control ideológico y de censura moral muy peligrosas. No es la primera vez que esto tiene lugar, aunque la diferencia es que ahora ocurre a nivel global

ron ensayar en su momento. Sin embargo, hoy están seguros de que por fin ha llegado el momento de aplicar ese plan siniestro a escala global, empezando por la civilización occidental atlántica. Es la guerra, es la ‘tercera guerra mundial’ que se gesta en las entrañas de este mundo postmoderno dotado de inteligencia artificial, 5G y nanotecnología, pero a la vez frívolo, aberrante y corrupto que nos contiene.

Y con esa dinámica “deconstructiva” están comprometidos al máximo; así que si no se desata un vigoroso movimiento global contra el neocomunismo postmoderno, en un par de décadas el concepto relativo al canon occidental será una mera referencia en los libros de texto que escapen de la quema por otras culturas y “religiones superiores de paz y amor”. ■

NOTAS

- ¹ **Javier Benegas** (2020, 96): *La ideología invisible. Claves del nuevo totalitarismo que infecta a las sociedades occidentales*. Disidentia. Madrid.
- ² **Stuart Jeffries** (2018): *Gran Hotel Abismo*. Turner. Madrid. 584 páginas.
- ³ **Ludwig von Mises** (1922) [2006]: *El socialismo*. Unión Editorial. 6ª edición.
- ⁴ **Helen Pluckrose** (2019): *Letras Libres*. 19 julio de 2019.
- ⁵ **Jean-François Lyotard** (1979): *La condición posmoderna*. Les Éditions de Minuit. 110 páginas.
- ⁶ **Nicolás Márquez y Agustín Laje** (2016): *El Libro Negro de la Nueva Izquierda*. Unión Editorial. Madrid. 286 páginas.
- ⁷ **Michael Snyder** (2015): “The 2030 Agenda:...”. Sobre el informe “Transformando nuestro mundo: la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible”. <https://sustainabledevelopment.un.org/post2015/transformingourworld>.
- ⁸ **Jean-François Revel** (1976): *La tentación totalitaria*. Plaza & Janés. Barcelona.

PALABRAS CLAVE

Neocomunismo • Escuela de Frankfurt • Marxismo
• Deconstrucción • Capitalismo • Libertad • Occidente
• Horkheimer • Gramsci • Lyotard • Foucault • Derrida